EL GATO MÁS CULTO DEL MUNDO

Escrito por Mar Abad

Ilustrado por Laura Agustí

EL GATO MÁS CULTO DEL MUNDO

UNA GATOGRAFÍA BASADA EN HECHOS REALES

Texto
Mar Abad

Ilustraciones
Laura Agustí

LUNWERG
EDITORES

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de los textos, Mar Abad, 2024
@marabad
© de las ilustraciones, Laura Agustí, 2024
@lalauri

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.facebook.com/lunwerg
www.twitter.com/Lunwerglibros

Diseño y maquetación: Lunwerg Editores

Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-19875-31-0
Depósito: B. 19.464-2023
Imprime: Gómez Aparicio

Printed in Spain – Impreso en España

PEFC Certificado
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
PEFC
PEFC/14-38300305 www.pefc.es

Nada es como es, sino como se recuerda

Valle-Inclán

Las letras tienen consecuencias

A la vez que se alza el sol, asoman unas patitas. Como si fuera una rima. La luz del alba y unas patas que amagan. Es un parto callejero, en una calle empedrada de un Madrid que despierta a la modernidad. El siglo XIX queda ya lejos y este siglo XX que empezó hace veinte años..., hum..., parece que viene con prisas y tiene un cierto aire de caja de música.

Las patitas se agitan y, con el pataleo, logran salir del cuerpo de su madre. Un vientecillo helado le trae el primer golpe de consciencia. El peso de sus párpados le arrea otro golpe de realidad. Va abriendo los ojos, a estirones, como puede, y la luz le pega la sacudida definitiva.
Esto es.
Está aquí.

Empieza a mirar a su alrededor y ve figuras extrañas y objetos incomprensibles. Empieza a escuchar y oye ruidos que no entiende. Pero conforme pasan los días hay un sonido que se repite y se vuelve familiar: «gatito». Todo el que se acerca a él le dice «gatito». Esta parece ser la primera pieza de un puzle, que cuando lo empiezas parece inabarcable, pero cuando ya está hecho, dices «¿ya?».

Al principio, resbalón por aquí, caída por allá, pero han pasado unos días y el gatito echa a andar con cierta confianza. Es muy temprano. Esa hora en la que el sol clarea y aún no ruge. Ve a mujeres caminando a paso ligero con cestas en las manos. Pero tienen algo de invisible porque visten ropas oscuras y apagadas, mangas largas y faldas hasta los tobillos, el pelo recogido. Los hombres, en cambio, van más a sus anchas. Entran y salen de los edificios, hablan en voz alta, pegan risotadas.

Pero lo que más le llama la atención es que sobre las puertas hay unas placas (los letreros) con unos trazos que parecen querer hablar. Mira esas figuras (las letras, las palabras) y va encontrando cadencias, lógicas, repeticiones... hasta que, de tanto mirarlas, empiezan a decirle cosas: «Tienda de vinos...», «Sombrerería Ruiz...».

Una de ellas se repite mucho: «café». Los hombres van al Café Eldorado, al Café del Prado, al Café del Levante, al Café Moratín, y allí hablan, discuten y ríen. Fuman mucho y beben café y licores. Es lo que se estila ahora: reunirse en el café tertulia para leer sus obras, charlar de política y hacer camarillas.

Esto de la literatura, en estas calles, viene de lejos. Aquí vivieron Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Quevedo. Aquí está la imprenta que, por primera vez, estampó *El Quijote*. Aquí había mucho arte, ¡mucho teatro!, ¡la farándula de Madrid! Había corrales de comedia y estaba el garito más preciado del salseo teatral. Era el Mentidero de los Cómicos, y ahí se reunían las actrices, los actores y los dramaturgos más famosos de los siglos XVII y XVIII.

Por eso lo llaman el barrio de las Letras, y barrio de las Musas, y barrio de los Literatos. Y tanta letra suelta tiene consecuencias. Porque en un lugar donde las palabras hasta se respiran, ¡*chas*!, un cortocircuito ha escrito el destino del gatito. Por eso puede leer cada cartel que ve a su paso.

Avanza por los adoquines de la calle del Prado, todavía dando algún traspié, y ve unas letras que ya entiende a la primera. Dicen... «Ateneo».

Bolas blancas

Al gatito le llama la atención el edificio que tiene enfrente porque irradia una luz distinta. Está entre un portal y un bar con un cartelón que dice «Casa de Vacas». Y aunque los rayos del sol caen con la misma intensidad en todas las paredes, algo debe ocurrir ahí dentro para que brillen con más garra.

Es el Ateneo, y en la fachada, arriba, a la altura de los astros, hay tres personas petrificadas: un pintor, Velázquez; un escritor, Cervantes, y un sabio, Alfonso X. Abajo, en cambio, ¡qué ajetreo! No paran de entrar y salir hombres distinguidos con traje y sombrero oscuros y unas pocas mujeres elegantes con tocado en la cabeza.

Aunque... hay algo más que el traje. La elegancia no va en el pliegue de la falda ni en la barba en abanico cortada a la perfección. Tiene más que ver con el ademán, con la forma en la que hablan... Es la prestancia que da al gesto vivir empapado en letras, lecturas y tertulias.

El gatito lleva un buen rato observando. Afila los ojos para meter la vista por todos los ángulos de la puerta. Da unos pasos hacia un lado. Observa... Más pasitos sigilosos.

Acecha... Ahora está quieto como una piedra, y cuando parece que..., ¡la madre que parió al gatito!, ¡que se ha *colao* en el Ateneo!

Asciende todo lo rápido que puede por las escaleras de mármol blanco y ve una sala alargada de techos altísimos. Es imponente. Al principio se asusta un poco porque hay decenas de rostros de hombres mirándolo, pero al momento se da cuenta de que no son de verdad. Están pintados. Son los cuadros que llenan las paredes de la galería de retratos, y hay tantos, y están tan pegados, que recuerdan a los álbumes de estampas.

También hay muchas sillas grandes, aparatosas, con el respaldo redondeado y, abajo, ¡bien!, un hueco perfecto para meterse ahí. No hay hombre sin su pipa o su pitillo, y esto llena la sala de una humareda que va apagando el brillo de los colores y dando al ambiente un cierto barniz grisáceo. Aquí fuman sin pausa, como si sus bocanadas de humo fueran los signos de puntuación que rematan cada frase.

El gatito echa a correr hacia el fondo de la sala y un hombre advierte: «¡Mirad! ¡Se ha colado un gato!». «¡Es un bebé de gato!», dice otro. «¡Cogedlo! ¡Traedlo aquí!».

Corre el gatito, corre el conserje, corre un hombre que se levanta de su tertulia. No hay salida. Está agazapado en una esquina y escucha:

—Vamos, gatito, ven aquí. Que no te voy a hacer nada, hombre. Ven para acá.

Esconde su cabeza entre las patitas. Se encoge y se queda quieto, como si por eso no lo fueran a ver. Tiembla un poco de miedo y... ¡lo han *agarrao*!

—Venga, gatito, tranquilo, tranquilo...

El conserje lo toma en sus manos y se lo lleva al regazo. El gatito se calma al ver que el hombre lo está arrullando. Oye muchas palabras, muchas risas, muchos oooh. Pasa a otras manos y a otro regazo. Lo acarician manos que surgen de todas partes, y una avalancha de palabras le cae encima.

—Mirad qué bruno es. Tiene el pelo más negro que el tizón.
—Yo creo que si se ha colado en el Ateneo es porque es un gato ilustre.
—¡Pues entonces que se haga socio!
—¡Que pague su cuota!

Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

—Tendremos que hacerle un carné.
—Pero para el carné necesita un nombre.
—Pues que se llame Bruno por lo renegrido.
—¡No! ¡Fígaro! Mejor que se llame Fígaro. ¡Igual que el primer socio del Ateneo! Don Mariano José de Larra, conocido por su nombre literario ¡Fígaro!
—¡Sí, como la gran gloria de las letras de este país!
—¡Fígaro! ¡Sí, sí, se llamará Fígaro!
—Oye, pero lo hemos admitido sin hacer la votación con las bolas blancas y las bolas negras. Y el reglamento lo exige.
—¡Venga! ¡Pues a votar!

¡Bola blanca! ¡Bola blanca! ¡Bola blanca! ¡Admitido!

Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

El gatito escucha el jolgorio y cree entender que ha dejado de ser gatito para convertirse en Fígaro. Ahora está sobre las piernas de un señor y la verdad es que no se está mal. Se acomoda entre los pliegues de la ropa y ronronea.

—Parece que a Fígaro le gusta nuestra tertulia. Lo vamos a incluir en la sección de Ciencias Morales y Políticas.
—¡No! Mejor en la Junta de Gobierno. Que empiece por contador o bibliotecario y a ver si llega por lo menos a vicepresidente primero.

Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Pues no lleva mala carrera para acabar ocupando un cargo en el Ateneo, porque todos quieren jugar con él. No falta un ateneísta que le chiste, lo acaricie o le ponga un dedo para que le dé un mordisco. Pero hay uno de ellos, Rafael Urbano, que lo que hace es echárselo al hombro y pasear con él ahí arriba, aunque ese arriba tampoco es que dé mucho vértigo porque el hombre es más bien bajito.

Sin embargo, lo que no tiene de altura lo tiene de profundidad. Los ojos de Urbano son negrísimos y muy expresivos, y cuando empieza a hablar... entonces sí que alcanza incluso otras dimensiones, porque es teósofo y humorista. A todo le saca

un misterio, y con Fígaro al hombro, le da por hacer disertaciones esotéricas sobre el alma misteriosa y enigmática de los gatos.

Fígaro: la resonancia histórica de un nombre

A Fígaro le gusta esta gente. Lo han acogido en sus tertulias y le han puesto un nombre de verdad. ¡Es más! Le han puesto el nombre de uno de los escritores más queridos y admirados de las letras españolas. Bueno, más que su nombre, incluso más que su seudónimo, le han puesto su heterónimo: la identidad literaria incisiva que mostraba en sus artículos periodísticos. Mariano de Larra decidió firmar como Fígaro porque era el nombre de un personaje mordaz, un barbero de Sevilla, que hacía reír al público de óperas y teatros.

Pero eso ocurrió hace casi un siglo. Hoy, al comienzo de los años 20, el hombre que lo está acariciando lo mira y dice:

—Fígaro... El gato Fígaro... ¿Os acordáis del homenaje que le hicieron Carmen de Burgos y Ramón Gómez de la Serna a Larra por el centenario de su nacimiento?

—¡Claro! ¡En el Café de Fornos! ¡Hasta pusieron una silla vacía para que el espíritu de Larra presidiera la mesa!

El gatito empieza a sentirse cómodo en el sonido de su nombre y le intriga conocer mejor al literato que encarna. Escucha con atención a ver si cuentan algo más de Fígaro, pero los hombres vuelven a hablar de política. Que si los liberales, que si los conservadores..., que si el rey Alfonso XIII y sus veleidades..., ji, ji, ji... Repiten mucho una expresión, «crisis de Gobierno», pero él no entiende nada de lo que implica eso.

La noche entra por las ventanas del Ateneo y la galería de retratos se queda vacía. Fígaro ha logrado esconderse bajo un mueble y espera ahí hasta que no oye un solo ruido. Cuando cree que ya no hay nadie, sale despacio, mirando a todos lados y dando pasitos silenciosos.

De pronto ve unas estanterías llenas de libros y... ¡Uoh! Ve uno que se titula *Fígaro*, firmado por la escritora Carmen de Burgos, ¡la que le hizo el homenaje al hablista! Ahí debe estar metida la vida de Larra. Da un brinco y lo agarra con unas uñas de estreno que empiezan a servirle para un montón de cosas. Lo tira al suelo, mira las primeras páginas y descubre que Larra está muerto. ¡Y vaya muerte imprudente!

Acaba de aprender que puede moverse muy rápido dando brincos. ¡Empieza a dominar el espacio! Pero cuando echa a leer, descubre que puede saltar de un golpe un siglo atrás. ¡Dominar el tiempo! ¡Aún mejor! Avanza rápido hacia las últimas páginas del libro y, al leerlas, se levanta este escenario en su imaginación:

Es un día frío de 1837. La luz del amanecer entra en el dormitorio de Mariano de Larra. Ahí está, con su bigote y su barba, arrebujado en mantas. Al despertarse vuelve a caerle encima ese sentimiento mísero y desesperado.

Toc, toc.

—Pase, Pedro —silabea Larra arrastrando las palabras.
—Señor, le traigo una carta.

Larra la abre y... ¡es de Dolores! Salta de la cama y le escribe de vuelta:

«He recibido tu carta. Gracias: gracias por todo. Me parece que si piensan ustedes venir, tu amiga y tú, esta noche, hablaríamos y acaso sería posible convenirnos. En este momento no sé qué hacer. Estoy aburrido y no puedo resistir a la calumnia y a la infamia. Tuyo».

Es la primera vez en mucho tiempo que Larra está contento y, si hoy viene Dolores, ¡hay que poner la casa bonita! Llama a sus criados y les dice que la aireen, que la arreglen, que la llenen de vida. ¡Enciendan los braseros! ¡Flores en los búcaros! Y él no va a ser menos. ¡Peluquero, a arreglar los pelos!

Pasa el día haciendo recados, con los nervios a flor de piel, y por la tarde vuelve a casa. La tristeza que antes inundaba su hogar ha desaparecido. La emoción le tiene el estómago *apretao* y de cuando en cuando le entran respingos de duda. ¿Vendrá? ¿Vendrá Dolores?

Entra en su habitación y camina de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta.

Pas, pas, pas.
Aparta los visillos de la ventana para mirar la calle y...
Toc, toc.

¡La puerta!
Oye voces.
¡Dolores! ¡Es ella!
El corazón le late de locura.

Entra Dolores en la estancia y a Mariano solo le brotan palabras de amor. La quiere, la ama, le suplica. Ella está fría. Dice que va a volver con su marido y ya no podrán verse nunca más. En la mente de Larra resuena ese «nunca más». Como si esas dos palabras fueran dos bolas que rebotan contra los huesos de su cabeza. Nunca más... Nunca más...
Entonces...

—¿Por qué has venido? —le pregunta tan destrozado que hasta las interrogaciones le salen rotas.
—Quiero que me devuelvas mis cartas. ¡No debe quedar nada entre nosotros!

Él la oye pero no la entiende. No puede. Ni quiere oírlo ni comprenderlo. Ella se levanta y deja en la mesa la carta que él le escribió esa mañana. Ahora le toca a él darle las que ella escribió en el tiempo que se amaron. Él no quiere. Le pide. Le ruega. Le grita. Y la amiga, al oír la escandalera, entra en la habitación.

—¡Mariano, que le des las cartas!
—¡Toma! —y se gira hacia la puerta, más tieso que un palo—. ¡Pedro, acompañe a estas señoras, que se tienen que ir!

Al ver que Dolores se dirige a la puerta, corre hacia ella, le agarra la mano y le pregunta:

—¿Adiós?
—Adiós.
—¿Para siempre?
—Sí.

Larra siente que le arrancan el esófago a tirones. Le cuesta respirar. Parece que hasta el aire se esfuma de su vida y se ha quedado en la soledad más esteparia. ¿O es que se está volviendo loco? No hay cielo, no hay suelo. No hay donde poner los pies. ¡No puede! La caja. La caja amarilla. La abre. La pistola. La agarra. La cabeza. La sien. El gatillo. ¡Dispara!

En el recibidor de la casa parece oírse un ruido maltrecho.

—Vuélvase usted... Vuélvase, Pedro, pueden necesitarlo —dice Dolores, a la vez que aprieta el paso y huye de allí sintiendo augurios de muerte.

La criada ha oído algo también. Parece que las tazas de té se han caído al suelo, y al ver a Pedro, dice:

—Mal humor ha dejado al amo esta visita.